

na más un mandamiento que un misterio, por incomprensible que sea. Es decir que creerán en el Evangelio, con tal de no obrar conforme al Evangelio. Por donde se vé que todos esos blasonadores del poder y la independencia de la razon humana, estan dispuestos á someterse á la fé, siempre que valga la fé sin obras. Con esta clase de espíritus inconsecuentes, contra estos ciegos voluntarios, inútil es toda prueba, toda predicacion. "Tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen."

Yo quiero, por tanto, aprovechar mejor mi tiempo, dirigiéndome á aquellos llamados cristianos que aunque reconocen la divinidad de Jesucristo y dicen que acatan su palabra y sus preceptos, ven sin embargo á su Iglesia con cierto desvío é indiferencia, porque se imaginan que escuchar á Jesucristo es una cosa, y escuchar á la Iglesia es otra muy distinta, y que así bien se puede ser cristiano, y aun buen católico, aunque no siempre se obedezca lo que ésta prescribe. A estos, á estos de mis hermanos es á quienes digo que principalmente quiero dirigirme. No sé si cuando así discurren obran de buena fé: me abstengo ahora de investigarlo; pero lo que sí sé, es que hay en lo que piensan un error gravísimo, herético, y de la mayor trascendencia, como es fácil demostarlo. Veámoslo si nó.

Convenis sin dificultad en que es absolutamente necesario obedecer á Jesucristo, puesto que es el Verbo de

Dios, y puesto que Dios mismo así lo ha mandado solemnemente: *Ipsum audite*. Convenis en eso. Muy bien. Luego, os arguyo yo, debéis obedecer á la Iglesia, del mismo modo que á Jesucristo. ¿Por qué? En primer lugar por una razon que no admite ninguna réplica. Porque el mismo Jesucristo así lo ordenó expresamente. "El que os oye, me oye, y el que os desprecia, me desprecia," dijo al cuerpo sacerdotal, que forma la Iglesia docente. Y notad bien que no se limitó á decir únicamente: obedeced á la Iglesia, oid á la Iglesia, sino que identificándose con ella, exclama, como ya habeis visto: *El que os oye me oye, el que os desprecia me desprecia*. Si tenemos, pues, que obedecer á Jesucristo, porque en su gloriosa transfiguracion se oyó la voz de Dios que decia: "Este es mi Hijo muy amado, escuchadlo;" por análoga, por idéntica razon debemos obediencia á la Iglesia, puesto que, si la oímos, si la amamos, es á Jesucristo á quien se oye y á quien se ama, y si a desobedecemos, si la despreciamos, es á Jesucristo á quien se desobedece y á quien se aborrece.

Tal y tan íntima es la relacion entre la Iglesia y Jesucristo!

Ah! Ni podia ser de otro modo. Es su muy amada Esposa que ha quedado en la tierra con los mismos poderes que tiene Jesucristo, su cabeza invisible. *Lo que ella ata aquí, atado queda por El en el cielo, y lo que Ella absuelve, absuelto queda igualmente*

*te en el cielo*. Así lo dijo tambien el mismo Salvador. Obedecerla, pues, es obedecer á Jesucristo, y viceversa, rebelarse contra su autoridad, ó mostrarse cuando menos rehacio é indiferente á sus mandamientos y á sus consejos, á sus prácticas, á su culto, á su sacerdocio, á todo lo que la constituye y le pertenece, es ofender y desdeñar al mismo Jesucristo. *Qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit*.

Acreedora es, en verdad, á todo homenaje la Esposa del Cordero sin mancha, la Iglesia de Dios. Por eso aquellos dos grandes ingenios de Africa, San Cipriano y S. Agustin, no vacilaron en decir, el primero: "que ninguno tendrá á Dios por Padre, si no tiene á la Iglesia por madre"; y el segundo, "que no creeria en el Evangelio mismo si no lo moviese á ello la autoridad de la Iglesia."

¿Cuánta satisfaccion se siente, hermanos míos, al ver que los más poderosos talentos, que tan alto remontaron su vuelo de águila, pliegan por un instante sus alas para descender á prosternar su frente ante su reina la Iglesia! Y al mismo tiempo, cuánta compasion y tristeza causan esas cabezas vacías, erguidas de orgullo insensato, que creen rebajarse mucho con solo inclinarse y saludar á la Iglesia católica. La sumision á la autoridad eclesiástica, no tiene duda, ha sido siempre la primera virtud de los hombres más esclarecidos. Mientras más robusto ha sido su cerebro,

quiero decir su pensamiento, su razon, tanto más se han empeñado en dar á la Iglesia muestras extraordinarias de obediencia. Ved por qué, entre tantos otros, un hombre incomparable por su fuerza de espíritu, S. Ignacio de Loyola, prorumpía en estas enérgicas expresiones: "Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárquica así lo determina; creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rije para la salud de nuestras áuimas; porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dió los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia."

Cuando oigo, señores, que así hablan, que así se someten á la autoridad de la Iglesia católica, hombres de tan gigantesca talla, yo que mido muy bien toda mi pequeñez, me juzgo muy honrado de creer lo que ellos creyeron, de amar y obedecer lo que ellos obedecieron y amaron. Aunque no viera otras pruebas de la sumision que se debe á la Iglesia, nadie me tacharia de necio y servil, si la obedeciera, porque ellos así lo hicieron; pues que mi razon, por orgullosa que sea, al fin tiene que confesar, que en el orden moral como en el orden físico, es una ley de la naturaleza que giren sin ninguna mengua en torno de los grandes astros, de los astros reyes, cien otros pequeños globos y millares de millares de átomos.



Pero no; yo obedezco sin reserva á la Iglesia, no únicamente por seguir á los grandes maestros y doctores católicos, sino porque así me lo persuade mi propia razón, templada, eso sí, en la antorcha refulgente de la fé. Yo me digo, y lo mismo se dice todo católico neto: Puesto que Jesucristo es Dios y que vino á dar complemento á la Ley y cumplimiento á las profecias y á las promesas de salvar al mundo, hechas desde la antigüedad mas remota, desde la cuna del género humano, no debió ni pudo dejar su obra imperfecta: no sería entonces Dios. Su obra salvadora es esa doctrina divina que leemos en el Evangelio; bien entendido que no está ahí todo lo que dijo é hizo Jesucristo, segun consta del propio Evangelio, sino que muchas cosas quedaron, por voluntad del divino Maestro, confiadas á la tradicion. Ahora bien: ¿qué sucederá de esa doctrina purísima, tan alta, tan misteriosa en algunos puntos, que no alcanza á comprenderlo mi pobre razón, ni la de ningun mortal? ¿Qué sucederá de ese Código divino de la Escritura á que ha de ajustarse de hoy para siempre el mundo de los espíritus? ¿En qué manos pondrá Jesucristo ese depósito sagrado, lo mismo que él de las divinas tradiciones, para que nadie sea osado á alterarlas, ni á mancillarlas? O qué, ¿dejará sus santas doctrinas y la Escritura toda, abandonadas á los cuatro vientos? ¿Las confiará á la inquieta y veleidosa razón humana para que juegue con ellas ó se hiera á sí mis-

ma? ¿Qué ha hecho siempre esa propia razón cuando ha fiado en el caudal de sus solas luces, sino desbarrar lastimosamente, en materias religiosas y morales, sobre todo? ¿Hay cosa mas cierta que lo dicho por uno de los mismos defensores de la razón, el gefe del racionalismo puro, Rousseau, cuando exclama: no hay absurdo por grande que sea que no reconozca por autor á algun filósofo? ¿Como! ¿Cada hombre por sándio que sea tendrá el derecho de constituirse en intérprete de la palabra y de la Ley divina, y decir con la arrogancia del necio: esta ley debe atenderse de tal modo y no de otro, porque eso me dicta mi razón y mi antojo?

¡Ah no, mil veces no! Eso es soberanamente absurdo y ageno de las obras de Dios. Si aun en lo puramente civil no se concibe que haya leyes sin supremos tribunales que guarden, interpreten y apliquen los códigos y constituciones que rigen á las naciones, mucho menos se comprende que en el orden religioso, el Código por excelencia, la Santa Escritura, llena de terribles é insondables misterios, no estuviera confiada para su interpretacion y sana inteligencia, á una autoridad competente, con poderes sobrehumanos y con perfecta asistencia del Espíritu Santo, del Espíritu de Verdad, para que sus juicios sean inapelables é infalibles. Esto es rigorosamente lógico: negarlo es negar la evidencia y la naturaleza de las cosas. Luego el Verbo de Dios, Jesucristo, estableció ese altísimo tribunal, esa autoridad

Infalible, ó lo que es lo mismo, estableció la Iglesia, invistiéndola de inmensos poderes, para que lo representara aquí en la tierra y juzgara en todo lo relativo á religion y moral cristianas. Luego si debemos oir á Jesucristo, como hoy se nos manda: *ipsum audite*; debemos oir á su Iglesia, viendo en ella, especialmente en su Cabeza suprema, en el Papa á quien debemos entera obediencia, al mismo Jesucristo. En la Iglesia católica y en el Papa, sí, porque solo ella es la Iglesia verdaderamente cristiana, puesto que ninguna otra comunión religiosa tiene la antigüedad ni los caracteres de verdad, que la santa Iglesia romana, como tantas veces se ha demostrado.

Ah! ¡Pluguiera á Dios que se reflexionara con detenimiento, cuánta es la importancia de la obediencia á su Iglesia! Yo apelo á la buena fé de todo hombre de sano juicio, aunque no sea católico, para que, con la historia en la mano, y aun sin eso, con solo dirigir una escrutadora mirada por la sociedad actual, me diga si no es inconcuso que siempre que se desobedece á la Iglesia, viene forzosamente un verdadero desquiciamiento social, una terrible perturbacion en todo orden de cosas. La historia de las herjías, de esas enormes rebeliones contra la Iglesia, y en especial de la herejía protestante, ¿qué es, sino la historia de espantosos desastres, de guerras sangrientas, de asesinatos y pillage, de completa anarquía, de retroceso á la barbarie, de desunion y muerte de pueblos en otro tiempo fuer-

tes y grandes, de horrores en fin, sin nombre y sin cuento? Y hoy, que como nunca, entra en el sistema de los gobiernos civiles, desobedecer á la Iglesia, ¿no se está viendo que todo el edificio social cruge y se halla en inminente peligro de hundirse, al formidable empuje de las masas desenfrenadas que se rebelan contra todo poder existente, que asesinan á los reyes y á los supremos magistrados, que pillan y desconocen toda propiedad, que rompen, en suma, todos los vínculos, aun las más sagrados, y sin los cuales no hay sociedad posible?

Cuando se siembran vientos se recogen tempestades. Los poderes de la tierra negaron la obediencia á la Iglesia, y excitaron á las turbas para que hicieran lo mismo, y esas propias turbas no hacen sino obrar lógicamente al volverse contra todo poder, contra toda autoridad, puesto que se podia, segun se les dijo, desconocer á la autoridad mas sagrada é inviolable, la de la Iglesia de Dios.

De ahí, no de otra parte, viene por la misma fuerza de las cosas, la completa relajacion del resorte de la obediencia, relajacion que hoy se resiente por donde quiera, con gran pavor de todo hombre amante del orden social. El acatamiento al principio de autoridad está enteramente perdido. No hay obediencia ni á los poderes establecidos, ni á los maestros, ni á los amos, ni á los mismos padres de familia. Es decir que esta sociedad se va, que se disuelve sin remedio.



Pero no; hay un remedio, y el único, y no hay quien no lo vea. Si de la desobediencia á Dios, á su Iglesia, vienen los tremendos males presentes y los más espantosos aún que están por venir, es claro como la luz meridiana que volviendo todas nuestras miradas á esa misma Iglesia, acatándola, inspirándose en sus salvadoras máximas, adhiriéndosele, como á una madre se adhieren sus hijos, renacerá el hábito de la obediencia, de todo súbdito á todo superior, y la sociedad, hoy desquiciada y en completo desconcierto, volverá á su centro.

Nosotros, hermanos míos, como verdaderos católicos, prediquemos á toda hora, más que con los discursos, con nuestro ejemplo, la obediencia á la Iglesia, como una necesidad actual muy imperiosa. Estrechémonos más y más en derredor de esta Madre amorosísima; oigamos y practiquemos sus mandamientos y sus consejos; recordemos que su doctrina es la única que contraresta las doctrinas modernas, esencialmente disolventes y subversivas, pues que ella, la Iglesia, nos enseña la obediencia á las potestades seculares, por que "todo poder viene de Dios." Y de esta manera verá el mundo entero que los católicos hemos contribuido con todas nuestras fuerzas á la salvación temporal y eterna de nuestros prójimos y de nosotros mismos.

FIAT.

### De la Virginitad de María.

(Continúa.)

Para que el Verbo tomara nuestra humanidad de una manera más evidente, escogió una madre en el tiempo, y la prepara con toda la munificencia divina, quiere que sus obras sean conocidas, y que nadie pueda dudar de ellas, sino que se sepa que la encarnación del Verbo en María es obra suya. Permite á José tener dudas sobre María, pero luego le manda un ángel para asegurarle y explicarle el misterio. El evangelista queda bajo la impresión de esta verdad, y por ésto primero la expone y luego vuelve sobre ella dos veces; y en las expresiones de donde se quiere sacar la negación de la virginitad de María, es necesario al contrario, ver su afirmación. El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo lo formó el Espíritu Santo, lo dice el ángel, y Sr. S. José no reclama al evangelista porque lo dijo y lo volvió á repetir.

[Continuará].

### DEFUNCION.

El día 8 del corriente fallació en Colima el Sr. Presb. D. Refugio Baez, cura propio de aquella ciudad.

R. I. P.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3. Guadalajara, Abril 8 de 1882. NUM. 41.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### PREDILECCION

*y elogios de Leon XIII á la órden de San Francisco de Asis.*

Hace poco tiempo que Su Santidad Leon XIII recibió en audiencia solemne al Reverendísimo Padre Fray Bernardino de Portogruaro, que le presentó al nuevo Definitorio general.

Despues de las ceremonias de costumbre, Su Santidad pronunció el siguiente discurso:

"Queda constituido el nuevo Definitorio general, cuyos deberes son secundar al buen Padre General en el Gobierno de la Orden, y trabajar para que en todas partes y en todo florezca la disciplina con arreglo al espíritu de la regla.

"Grandes son las dificultades en los presentes momentos y necesario es velar para que el espíritu de independencia no se introduzca en el espíritu de las almas religiosas, favore-

cido por la supresion de las comunidades y en medio de los peligros conguientes á la dispersion de los religiosos y á la situacion penosa en que están constituidos, obligados á vivir fuera de sus conventos. La obediencia á sus superiores respectivos, será hoy más que nunca, su mejor tabla de salvacion.

"Sé con gusto que muchos religiosos franceses, deseando vivir fieles á su vocacion, se han resignado á abandonar su patria y han pedido y encontrado hospitalidad en sus hermanos de Inglaterra, de Holanda y otros puntos, cuyos Obispos me hacian de ellos grandes elogios.

"Otros religiosos se han dirigido á España, donde la fé católica es aún tan viva y tan profunda, y de ello tengo una prueba en estos momentos. Unos cien peregrinos de Barcelona acaban de llegar á Roma presididos por su Obispo, y han querido recibir nuevamente antes de partir, mi bendicion apostólica, y comulgar en mi Misa. Su fé y devocion á la Santa Sede, se manifestó con lágrimas y sollozos cuando les dí la última bendicion y les entregué algun recuerdo.

"La Orden de San Francisco es grande en la Iglesia, y "una de las